

# La muerte de Darwin en la Prensa Española de la época

Diego Núñez Ruiz

A pesar de la manifiesta incomodidad o clara desazón que para ciertos grupos de opinión suponía hablar del tema darwinista, la muerte de Darwin tuvo un amplio eco en la prensa española de la época. Los comentarios sobre el hecho reflejan, además, de modo significativo, el estado de la cuestión darwinista en el contexto cultural español del momento. No cabe duda, asimismo, que, desde un punto de vista sociológico-receptivo del fenómeno científico, el periódico, por su propia naturaleza en cuanto medio de comunicación social, nos ofrece una atalaya excelente para contemplar las diversas actitudes de la sociedad española ante la teoría de Darwin. La mera filiación ideológica de cada publicación nos explica ya por sí misma el modo de abordar la tan espinosa y controvertida cuestión por parte de los distintos sectores de nuestra opinión pública.

De la selección de testimonios que se incluyen en este artículo referentes al abanico básico de posiciones sociopolíticas pensamos que se pueden extraer un par de apreciaciones generales que afectan al sustrato mismo de nuestra vida intelectual decimonónica. De un lado, resulta evidente una cierta debilidad gnoseológica

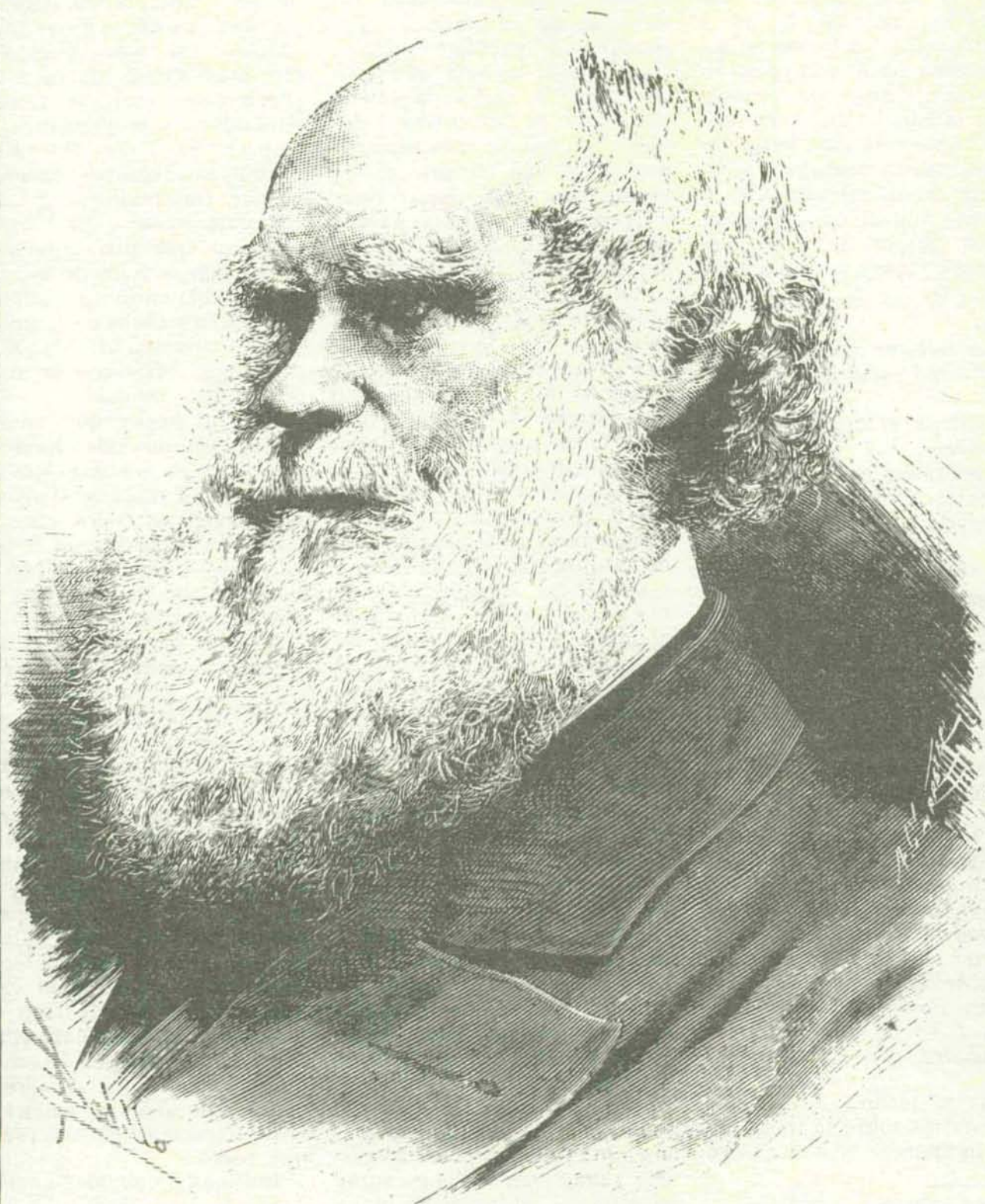
en el tratamiento del problema evolucionista. En rigor, semejante endeblez cognoscitiva nos remitiría, como telón de fondo, al conjunto de insuficiencias radicales del proceso de la modernidad en España, sobre todo, en este caso, en lo que concierne al desarrollo científico-natural y a la ausencia de una tradición vigorosa de tipo epistemológico. Lo que acontece ahora es que esta falta de salud científica se va a patentizar de manera casi estridente a propósito de un tema como el darwinista en la medida en que estamos ante una de esas ocasiones en las que una cuestión de raigambre escuetamente científica salta a la palestra de la discusión pública. La polémica darwinista evidenciará, de modo descarado, los hábitos anémicos y los vicios usuales que aquejaban a nuestra cultura. Existía aquí una especie de impudor gnoseológico generalizado. Por una parte, apenas hay verdadera comunidad científica en sentido moderno, y las escasas minorías que sobreviven lo hacen en condiciones harto precarias; de otra, todo el mundo se lanza a hablar de todo, incluidos los asuntos más especializados, sin demasiada preocupación por el rigor y la exigencia científica. En España se discutirá mucho sobre el dar-

winismo, pero pocas veces se tratará el tema en su terreno específico, tanto a favor como en contra.

Cánovas, que solía ser más perspicaz que la mayoría de sus correligionarios conservadores, sentenciará en el Ateneo de Madrid, más por razones de partido que por propio convencimiento personal: «Diríase que Darwin no se propone otra cosa sino hacer inútil la idea de Dios por medio de sus obras científicas» (1). Por su parte, el influyente periodista Emilio Huelin, autor del famoso *Cronicón científico-popular*, dirá entre otras cosas: «Si fuera cierta la progenie intelectual que los darwinistas atribuyen al hombre, y si nuestro sentido moral resultase lo mismo que el instinto desarrollado de una hormiga o abeja, sobrevendría, probablemente, con el transcurso del tiempo, tan gran revuelta en las ideas hoy reinantes, que ni religión, ni amor puro, ni benevolencia, ni caridad, ni otros altos y grandes sentimientos, ni nada generoso, desinteresado ni magnánimo, ni fundamento al-

1. A. Cánovas del Castillo: *Discurso pronunciado el día 26 de noviembre de 1872 en el Ateneo Científico y Literario de Madrid con motivo de la apertura de sus cátedras*. Madrid, Imp. de la Biblioteca de Instrucción y Recreo, 1872, pág. 47.





Carlos Darwin. Naturalista inglés, autor del tratado sobre el «Origen de las especies por la selección natural». Nació en Shrewsbury, en 1809; murió en Londres, el 19 del presente mes. (De «La Ilustración Española», del 30 de abril de 1882.)



guno de los actuales podría subsistir, reemplazando a todo esto el desorden, la anarquía y la fuerza, acompañadas de la astucia y de las pasiones más abyectas, ruines, bajas y bastardas»(2). La Pardo Bazán despachará sin más la cuestión —tan «palpitante», por cierto, como la otra— diciendo: «El darwinismo será todo lo que se quiera, menos sencillo y accesible al entendimiento» (3). Y el poeta oficial de la época, Gaspar Núñez de Arce, exclamará en tonos apocalípticos:

*«Caerá de sus altares el Derecho  
por el turbión deshecho;  
la Libertad sucumbirá arrollada.  
Que cuando el alma humana se  
oscurece,  
sólo prospera y crece  
la fuerza audaz, de crímenes  
cargada.*

*¡Ay, si al romper su religioso  
yugo,  
gusta el pueblo del jugo  
que en esa ciencia pérfida se  
esconde!  
¡Ay, si olvidando la celeste esfera,  
el hijo de la fiera  
sólo a su instinto natural responde!*

*¡Ay, si recuerda que en la selva  
umbría  
la bestia no tenía  
ni Dios, ni ley, ni patria ni  
heredades!  
Entonces la revuelta  
muchedumbre  
quizás, Europa, alumbre  
con el voraz incendio tus  
ciudades.»(4)*

Tras la lectura de parejos comentarios sobre la teoría de Darwin aparece bastante claro

2. Emilio Huelin: «Los brutos, supuestos engendadores del hombre», *Revista de España*, XXV, 1872, pág. 7.

3. Emilia Pardo Bazán: «Reflexiones científicas contra el darwinismo», *La Ciencia Cristiana*, IV, 1877, pág. 488.

4. Gaspar Núñez de Arce: «A Darwin», en *Gritos del combate*, Madrid, Lib. de Fernando Fe, 1891, 10.<sup>a</sup> ed., pág. 93.

cómo las mentes directoras del país seguían desconociendo uno de los supuestos básicos de la modernidad, la idea de secularización, y cuán lejos andábamos de un planteamiento moderno del problema moral y religioso. Si hubiese que aplicar aquí la conocida teoría comtiana de los «tres estadios», no habría más remedio que decir que nuestras clases dominantes —más que en rigor dirigentes— no sólo no habían arribado aún, a esas alturas del siglo XIX, al llamado estado positivo, ni siquiera al metafísico en sentido moderno, sino que continuaban campando, como en plena Edad Media, en el más puro teocratismo. Y lo más grave todavía es que no sólo serán políticos, literatos o periodistas los que hablen del tema en esos términos: también compartirán semejante terreno de despropósitos numerosos y respetables catedráticos de Universidad. Así, por ejemplo, a Flores Arenas, catedrático de la Facultad de Medicina de Cádiz, no se le ocurre decir otra cosa sobre la teoría transformista que «ese ídolo del filosofismo es un deforme y asqueroso mono, que es el orangután. Esto es lógico; el héroe de semejante doctrina no podía dejar de ser tan repugnante como ella»(5). Tampoco queda atrás en la agudeza del juicio Federico Benjumeda y Fernández, Decano de la misma Facultad gaditana: «Enciéndase de nuevo la apagada hóguera de la esclavitud —dirá en el discurso de apertura del Curso 1878/79—, traten los blancos de vender la raza negra en sus mercados, y cuando el fiero capataz descargue rudamente su látigo sobre el africano, al hendir su piel y brotar su sangre gocemos todos, pues se está cumpliendo

5. Francisco Flores Arenas: *Discurso leído el día 1 de octubre de 1866 en la solemne apertura del Curso de la Universidad Literaria de Sevilla*. Sevilla, Tip. de José M.<sup>a</sup> Geofrin, 1867, pág. 8.

la *lucha por la existencia*»(6). Polo y Peyrolon, catedrático de Metafísica de la Universidad de Santiago, afirmará en un tono tan pretendidamente jocoso como ignorante: «Mujer, tití, lobo, puerco-espín, mastodonte, dasyuro, perro pachón, gerifalte y asno, venerables y antiquísimos antepasados de Darwin, permitidme que os salude y abrace fraternalmente. Cayeron para siempre las barreras fanáticas que nos separaban: ha sonado la hora de que hagamos vida cariñosa y común, como a miembros de la misma familia corresponde»(7). Y así podíamos seguir con un sinfín de testimonios más.

Era un hecho que nuestra crítica cultural, salvo honrosas excepciones —como Revilla, Perojo, Estasén, Tubino, etc..., críticos todos ellos de ascendencia positivista o neokantiana—, se movía preferentemente en unos niveles de corte esteticista, moralista, cuando no puramente retórico. Como se puede comprobar en los textos seleccionados, era frecuente tildar a los darwinistas de «seudocientíficos», o etiquetar su teoría de «absurda», «atrevida alucinación», «inventiva ingeniosa», etc..., sencillamente porque en muchos casos, sobre todo en el ámbito tradicionalista, se partía de un modelo de ciencia premoderno y teocrático. Se llega incluso a descalificar la teoría de Darwin apelando al viejo argumento escolástico *ad hominem*, tal como hace el padre jesuita Miguel Sánchez, quien sostiene que su obra es el fruto de una sola ambición: la de hacerse célebre al precio que fuera.

Junto a tal debilidad gnoseo-

6. Federico Benjumeda y Fernández: *Discurso leído en la Universidad Literaria de Sevilla en el solemne acto de apertura del Curso Académico de 1878 a 1879*. Cádiz, Imp. de la *Revista Médica*, 1878, pág. 9.

7. Manuel Polo y Peyrolon: *Parentesco entre el hombre y el mono*. Madrid, Imp. de F. Maroto, 1878, pág. 150.



# EL ORIGEN DEL HOMBRE

LA SELECCION NATURAL Y LA SEXUAL

POR

CARLOS R. DARWIN

(primera version española.)

BARCELONA

Imprenta de la Renaixensa, Puertaferriosa, 18, bajos.  
1876.

Portada de la primera versión española de la obra clave de Darwin: «El origen del hombre», edición barcelonesa de 1876.

lógica hay que destacar en segundo lugar un alto índice de ideologización en el enfoque de la cuestión darwinista. Esta proclividad de nuestra cultura a ideologizar cualquier tema y a tomarlo como pretexto para ventilar diferencias políticas no es sino una manifestación más, en el plano intelectual, de la fuerte polarización social y de los graves desajustes estructurales del país desde un punto de vista moderno. En este aspecto, la polémica darwinista se va a convertir, desde primera hora, dada la abundante literatura que suscitó, en una clave de primer orden para detectar el grado de escisión de la conciencia nacional. En el momento de la muerte de Darwin nos encontramos ya con dos frentes de discusión

ideológica. Continuaba en plena virulencia, por una parte, el enfrentamiento que, desde su publicación en 1859, había provocado en toda Europa *El origen de las especies* entre las actitudes teocráticas y las modernas. En el contexto español, la controversia darwinista cobra incluso unos perfiles más rígidos y agresivos debido a las propias peculiaridades nacionales: desde la tardía introducción del darwinismo —sólo a partir de la libertad de expresión de la Septembrina en sentido amplio— hasta la especial intransigencia de nuestro catolicismo oficial y la distinta correlación de fuerzas entre tradicionalistas y liberales en relación con los países europeos más avanzados. La mayoría de nuestros escritores

teocráticos parecen empeñados en asociar indisolublemente darwinismo y materialismo, con lo que, según este hilo conductor, la figura de Darwin acaba siendo inspiradora de la Internacional y promotora de la Comuna de París. En suma, lo que se condenaba en bloque era toda la civilización moderna, desde Bacon y Galileo a Spencer o Marx. Sin embargo, es preciso anotar, como puede verse en los textos, que en los años ochenta comienzan a surgir posturas más matizadas ante el tema darwinista, que posibilitan una compatibilidad entre darwinismo y creencia católica, tal como insinúa, aunque con enorme timidez y no pocos titubeos, el editorial del periódico *La Unión*. Más tarde, este intento de conciliación será ya claro y sistemático en autores como Fray Ceferino González o González de Arintero.

Por último, la posición del movimiento obrero, en este caso anarquista, ante la cuestión darwinista va a establecer un segundo frente polémico, al criticar tanto las actitudes teocráticas como la instrumentalización ideológica que estaba haciendo el liberalismo —el llamado «darwinismo social»— de la teoría de Darwin. Al mismo tiempo es curioso observar en el artículo de la *Revista Social* cómo se esboza un enfoque solidarista o mutualista del concepto de «lucha por la vida» —que luego desarrollará ampliamente Kropotkin— frente al creciente y generalizado uso burgués de la teoría darwinista en sentido liberal-capitalista(8). ■ D. N.

8. Sobre la posición general del anarquismo español ante la cuestión darwinista, véase José Álvarez Junco, *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*, Madrid, Ed. Siglo XXI, 1876, págs. 139-46. Asimismo, una crítica a este planteamiento mutualista o solidarista del problema, que viene a ser una especie de «darwinismo social de izquierdas», puede verse en mi libro *El darwinismo en España*, Madrid, Ed. Castalia, 1977, págs. 53-58.





Darwin con su hijo William, en 1852.

---

## 1. Prensa católico-tradicional

---

*El Correo Catalán* (carlista), Barcelona, 26 de abril de 1882: «Correspondencias particulares. Londres», por E. K.

Ha muerto esta semana el célebre naturalista Charles Robert Darwin, a la edad de setenta y tres años, después de haber prestado con sus trabajos grandes servicios al materialismo. En 1831 hizo un viaje de circunnavegación, en 1839 se casó con la hija del ce-

ramista Wedgwood, y deja escritas muchas obras.

*La Fe* (periódico simpatizante de la Unión Católica), 25 de abril de 1882: «Darwin y el darwinismo».

Darwin (Carlos Roberto), tan conocido o más conocido acaso que Littré en el mundo científico, ha muerto a los setenta y tres años de edad, dejando una familia numerosa, un gran hombre entre el vulgo materialista y la estimación de algunos sabios de ley que han estudiado a Darwin en sus obras y no en las glosas de sus discípulos. Ciertamente, no puede

negarse que Darwin ha formulado la doctrina del transformismo, y grande responsabilidad le cabe por ello, toda vez que, sin aceptar las conclusiones que los darwinistas han sacado del transformismo, no ha protestado contra ellas, dejándose considerar como jefe de esa escuela, o más bien como patriarca de esa ciencia.

Y Darwin no ha tenido la dicha de Littré: habiendo nacido protestante, ha muerto como mueren todos los protestantes instruidos, sin llamar a su lado a los tristes pastores de esa secta de negaciones. Darwin ha muerto como murió Disrae-



li el año pasado, probablemente por no tener a su lado un alma católica.

La primera obra de Darwin, *Del origen de las especies*, publicada por los años 50 ó 51, llamó grandemente la atención por lo atrevido, mirado de cierto modo, del principio que se desprendía de ella, y por lo exacto de las observaciones (desde cierto punto de vista), de que había deducido el principio.

Puesto que las especies se transforman y modifican a nuestra vista y por nuestra acción, Darwin creyó poder asentar, más que como teoría como hecho, que las especies han podido y debido transformarse y modificarse desde el origen del mundo.

Tomando este punto de partida, y pasando de las suposiciones a las conjeturas, y de las conjeturas a las suposiciones, forzando la inventiva y el ingenio para hacer entrar su inspiración en los límites de lo racional, remontándose en el fondo caprichosamente, pero en la apariencia con vislumbres lógicos al principio del mundo, Darwin se figura llegar a los tipos primitivos de las plantas y de los animales, pretendiendo reducir esos mismos tipos a un arquetipo del cual procede la inmensa variedad de vegetales y animales que conocemos.

Esta es, en suma, la teoría de Darwin, teoría que se sostiene en sus obras por un superior y, sobre todo, pacientísimo talento de observación y de análisis, y por grandes y vastos conocimientos en las ciencias naturales; pero de esa teoría, de la que en rigor no se desprende nada contrario a la concepción de un orden superior y de una voluntad suprema, y en la que tal vez algún sabio espiritualista hallara nuevas y radiantes pruebas de la existencia y de la providencia de Dios; de esa teoría, los pseudosabios franceses y alemanes han llegado al más abyecto materialismo, extendiendo al hombre la ascenden-

cia del tipo único *presumido* por Darwin.

Así es como Darwin se ha visto convertido en jefe de escuela, de la escuela que enseña que el hombre, el ser criado por Dios a su imagen y semejanza, tiene por primer antepasado al molusco, y no al molusco siquiera, sino a una sustancia gelatinosa animada no se sabe por qué, fecunda no se sabe cómo y encontrada por los pseudosabios, que no se han movido de sus gabinetes de Wesmar y París, en el fondo de océanos anteriores a toda historia y a toda geografía.

Sólo que mientras la divina historia del *Génesis* se arraiga más y más en las inteligencias más vastas de los verdaderos sabios de esta época como de todas las épocas, todavía, entre los pseudosabios, a pesar de todo el ruido que han hecho los darwinistas, es un problema sin solución el del origen del hombre, porque la misma teoría materialista de los darwinistas ha sido echada a pique por otros sabios de igual calibre que buscan otra explicación que no encuentran ni encontrarán nunca.

Volviendo a Darwin, sabio de más alto vuelo, apasionado por la ciencia y que a ella ha consagrado su vida, alábanle, fuera de eso, porque ha parecido que era indiferente a las luchas empeñadas que se han suscitado por sus ideas. Parécenos, sin embargo, a nosotros que cuando la lucha toca a lo más grave en la vida del hombre y de las sociedades y cuando de un hombre se hace una bandera, esa indiferencia no es disculpable, y acaso ella sea la que manche la reputación del sabio que, por lo demás, ha respondido ya ante Dios de las obras que escribirá.

*La Ilustración Católica*, núm. 40 (2.ª época), 27 de abril de 1882: «Crónica universal», por Damián Isern.

El día 20 falleció en Lon-

dres, a la edad de setenta y un años, Carlos Darwin, principal autor del sistema transformista que lleva su nombre, y que tantos estragos está causando en las inteligencias educadas a la moderna.

*La Unión* (diario de la Unión Católica), 21 de abril de 1882: «Carlos Darwin».

El telégrafo anuncia la muerte del sabio inglés Carlos Darwin, cuya celebridad infame habrá llegado seguramente a oídos de todos nuestros lectores. Su influencia ha sido extraordinaria en el curso de las ciencias naturales, y mayor aún en el de la fisiología, habiendo dado sus doctrinas grande autoridad en las escuelas heterodoxas a ciertos escritores materialistas.

Con la publicación de su obra más conocida acerca del origen de las especies dio forma y carácter definitivo a las teorías de la evolución y de la selección de las especies, que habían planteado otros escritores, y dio, además, ocasión y origen a las conclusiones verdaderamente monstruosas que deduce la escuela materialista, y entre todos sus doctores el célebre Haeckel y algunos alemanes menos conocidos.

La atrevidísima teoría de la evolución, no comprobada por la experimentación ni por el ejercicio de la razón pura, es absurda y depresiva para la dignidad humana. Escritores de sanas ideas aceptan la evolución en forma muy limitada y amoldada (en nuestro concepto de viva fuerza) a la doctrina católica, sin que sea prudente tampoco desecharlas en absoluto con el rigor a que han dado natural origen las exageraciones de la escuela de Darwin, verdaderamente absurdas y notoriamente impías.

Creemos que Carlos Darwin, como observador de la naturaleza y como sabio, no ha recibido la fama de que gozaba por la sola virtud de las gran-



des polémicas que ha suscitado, sino también por méritos propios, lo cual no ha sucedido con Draper, entendimiento vulgar a quien han hecho célebre sus adversarios. Los estudios de Darwin, el conocimiento que adquirió de los reinos de la naturaleza, principalmente en lo que se refiere al Nuevo Mundo, y de los que tanto partido han logrado Agassiz y otros, le hacen merecedor a que no se le ponga al nivel de un Draper.

Pero uno y otro, ¡cuánto daño han hecho! ¡Cómo han contribuido a extraviar a los jóvenes que entraban en el camino de la sabiduría dando al olvido el temor de Dios! ¡Cuán caro paga el género humano, a costa de sus creencias, lo poco o mucho que deba a Darwin en el orden científico!

Miguel Sánchez, S. I.: «Darwin y su sistema», *La Ilustración Española y Americana*, año XXVI, núm. 17, 8 de mayo de 1882.

Darwin, el naturalista inglés de quien tanto se ha estado hablando durante seis lustros, ha muerto. Sus amigos, que ha querido celebrar con gran pompa sus funerales, han depositado su cadáver al lado de el del célebre Newton. Veremos si el tiempo sanciona esta tan entusiasta como poco meditada resolución.

Aunque Darwin no puede compararse con genios, como Leibniz, que dominan todas las ciencias, tenía, no obstante, un entendimiento muy claro. No era un gran filósofo, ni conocía siquiera el derecho, la economía política, la historia, la crítica, etc. Era lo que los escolásticos llamaban *hombre de un solo libro* o de una sola ciencia, y, por lo tanto, casi enteramente profano en todas las demás.

Darwin, de carácter bastante pacífico, huía por sistema de toda clase de luchas, y no tenía más que una ambición: la de hacerse célebre, a la cual lo ha

sacrificado todo. Se complacía en saber que su nombre era conocido en todas partes, y no aspiraba sino a que se hablase de él, en bueno o mal sentido, fuese como fuese.

Su fanatismo era espíritu de sistema, todo efecto del cálculo, que nacía y se alimentaba en su inteligencia, no en su corazón. Esto, que era el rasgo más notable de su carácter, quizá fuese también la fuente de toda su doctrina y la razón o causa de todo su método.

Darwin en Inglaterra, aun por los mismos protestantes, era mirado como impío; en Alemania, cual un visionario, y en la propia Francia, como autor de un sistema ridículo y degradante.

... El mismo Haeckel, quizás el más exaltado entre todos los transformistas, en su *Antropogénia*, publicada en 1875, dice: «El nombre de Carlos Darwin es conocido en el mundo entero; pero, ¿cuántas son las personas que, por decirlo así, se han asimilado realmente la teoría de la descendencia? El número de estas personas es absolutamente insignificante. Pudiera añadirse que ni los más célebres biólogos conocen a fondo la teoría de la evolución.»

Después de esto nada tenemos que decir nosotros. Si ni los más célebres biólogos, esto es, si los naturalistas más competentes no conocen a fondo la teoría de la evolución, ni aun se comprende quién puede conocerla como necesita ser conocida, ¡desgraciado el sistema que se ve obligado a defenderse protestando que son muy pocos los que tienen la inteligencia indispensable para poder comprenderlo!

---

## 2. Prensa liberal

---

*La América. Crónica Hispano-americana*, año XXIII, núm. 8, 28 de abril de 1882: «Revista General», por Hoe.

Dos hombres de fama universal han muerto en la última quincena, obedeciendo a esas leyes fatales de la vida, cuya influencia sienten de igual manera los grandes que los pequeños, los sabios que los imbéciles. Estos hombres se llamaban Longfellow y Darwin.

Naturalista famoso el segundo, sus teorías, que pronto tomaron el nombre de su autor, haciendo una verdadera revolución en la ciencia, recorrieron en poco tiempo todo el mundo y se extendieron llevando sus atrevidas hipótesis a la eterna cuestión de los orígenes de la humanidad. Su mirada curiosa trató de penetrar a través de las sombras primitivas que envuelven la aparición del hombre en el planeta, y allí donde otros ven, en su soberbia, una figura hecha a imagen y semejanza del supremo autor de todas las cosas, él, en su humildad, no vio más que un mono gigantesco deslizándose sin ruido por los bosques vírgenes de las edades prehistóricas. Sus trabajos son hartos conocidos para que nos detengamos en su enumeración; sus opiniones hartas discutidas para que nos creamos dispensados de exponerlas.

A estas horas, si las ideas del hombre sobre la inmortalidad no son un vano engendro de la fantasía, una creación del espíritu que responde a la necesidad de ver algo más allá de la muerte, el problema de la existencia no será un misterio para él.

De la duda habrá pasado a la fe; de la hipótesis a la negación. Y allí, donde se sabe toda la verdad y donde se conoce toda la ciencia, habrá visto si son un par de alas o una cola los adornos naturales del primer hombre. ¡Lástima que

---

Reproducción facsimilar de la primera página del «Boletín de la Institución Libre de Enseñanza», del 30 de abril de 1882. El artículo, en recuadro, es de Joaquín Costa y supone un homenaje al eminente hombre de ciencia fallecido.



# BOLETIN DE LA INSTITUCION LIBRE DE ENSEÑANZA.

La Institucion Libre de Ensenanza es completamente ajena á todo espíritu é interés de comunión religiosa, escuela filosófica ó partido político; proclamando tan solo el principio de la libertad é inviolabilidad de la ciencia, y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquiera otra autoridad que la de la propia conciencia del Profesor, único responsable de sus doctrinas.—(Art. 15 de los Estatutos.)

Este BOLETIN es órgano oficial de la Institucion, y al propio

tiempo, revista científica, literaria, pedagógica y de cultura general. Es la más barata de las revistas españolas, y aspira á ser la más variada y que en menos espacio suministre mayor suma de conocimientos.

Precio de suscripción. Para el público, por un año: 7,50 pesetas. Para los accionistas de la Institucion: 4 pesetas.

La correspondencia, á la Secretaria de la Institucion, Infantes, 42.

AÑO VI

MADRID 30 DE ABRIL DE 1882.

NUM. 125

## DARWIN

El día 20 del actual ha fallecido en Inglaterra, su patria, el Profesor honorario de la INSTITUCION CARLOS ROBERTO DARWIN, uno de los naturalistas y fisiólogos más eminentes que han honrado con su talento á nuestro siglo, y á cuya imperecedera memoria pagamos aquí el homenaje de nuestra admiración y de nuestro respeto.

Nació Darwin el 12 de Febrero de 1809 en la ciudad de Shrewsbury. Sus inclinaciones hácia el estudio de la Historia natural diríanse hereditarias. Su ilustre abuelo, el Dr. Erasmo Darwin, fué autor de una *Zoología*, y de un poema de fácil versificación y de mucha fantasía, que hizo furor en su tiempo, titulado *Jardin Botánico*, donde canta los amores de las plantas. Su padre, el Dr. Roberto Darwin, fué miembro de la *Sociedad Real de Londres*, fundada por Carlos II. Por parte de madre, era nieto del célebre Josiah Wedgwood, introductor de las fábricas artísticas de loza en Inglaterra, fundador de la tan famosa conocida con el nombre de *Etruria*.

Recibió Darwin su primera educación en la escuela de Shrewsbury, dirigida por el Dr. Butler, después obispo de Lichfield. En el invierno de 1825 ingresó en la Universidad de Edimburgo, donde permaneció dos años, dedicado á la Zoología marina. Allí leyó ante la *Sociedad Pliniana*, á fines de 1826, dos notas breves, una de las cuales versaba sobre el movimiento de los huevos de *Flustra*. De Edimburgo se trasladó á *Crist' College*, en la Universidad de Cambridge, donde fué recibido de bachiller en 1831.

En el otoño del propio año, habia ofrecido el capitán Fitz Roy, jefe de una expedición exploradora, organizada bajo los auspicios del Gobierno inglés, partir su camarote del *Beagle* con algun naturalista deseoso de acompañarle en su viaje al rededor del mundo. Darwin ofreció sus servicios sin sueldo, á condicion de que se le permitiese disponer en absoluto de las colecciones que reuniera. El *Beagle* zarpó de Inglaterra el 27 de Diciembre de 1831, y estuvo de regreso el 22 de Octubre de 1836, después de haber recorrido el Brasil, el Estrecho de Magallanes, la costa occidental de la América del Sur y las islas del Pacífico.

Después de algunos años de meditacion y recogimiento, en que fueron apuntando y tomando cuerpo las ideas que habia de desenvolver más tarde, hizo públicos los datos recogidos durante la memorable expedición de 1831-36, en dos libros titulados *Zoología del Viaje del Beagle, buque del Estado* (en colaboración con Owen y otros), y *Diario de las investigaciones sobre Historia natural y geología, etc.*

Darwin era en filosofía natural el jefe y fundador de la escuela transformista, cuyo cuerpo de doctrina lleva su nombre (*darwinismo*). En sus largos viajes habia tenido ocasion de observar las imperfecciones de que adolecian las antiguas clasificaciones zoológicas, todavía reinantes en su tiempo, y se propuso rectificarlas. De este trabajo surgieron las bases de una nueva doctrina biológica, que causó una profunda revolucion en las ciencias naturales, y que hoy puede decirse llena el mundo. Segun él, cuantas especies animales y vegetales existen ó han existido en la Tierra, han procedido de cuatro ó cinco formas ó tipos primitivos, por virtud de la seleccion natural, la acumulacion progresiva y la trasmision hereditaria: la especie, como forma inmutable y cerrada, no existe, es una abstraccion de los naturalistas. Los fundamentos de esta doctrina fueron expuestos por vez primera, con carácter sistemático, en una obra que causó extraordinaria sensacion en Europa y fué traducida á todas las lenguas: *On the origin of the species by means of natural selection* («Sobre el origen de las especies por medio de la seleccion natural,» 1859). Este libro ha formado época en la historia de la filosofía natural, por la novedad y el atrevimiento de la doctrina, por la sencillez de las leyes de que hace depender la génesis y progreso de la vida epitalúrica, por la riqueza de hechos y de observaciones en que funda ó de donde deriva sus conclusiones, por la claridad y viveza del estilo y el número de ediciones y de traducciones que ha alcanzado y de impugnadores que ha tenido. La seleccion artificial de Bakewell, la transformacion progresiva de Lamarck y la lucha por la existencia de Malthus encuentran su punto de convergencia en la teoría darwinista.

Además de una infinidad de notas y artículos publicados en periódicos y revistas, la privilegiada inteligencia de Darwin ha producido numerosas monografías y libros: sobre los *cirrópodos pedunculados*; sobre los *cirrópodos fósiles*; sobre las causas que contribuyen á la propagacion de las *orquídeas en Inglaterra y en el extranjero*; sobre la descendencia del hombre y la seleccion sexual; sobre las plantas insectívoras; sobre los movimientos y las costumbres de las plantas trepadoras; sobre la facultad motriz de las plantas; sobre los efectos de la fecundacion cruzada y directa en el mundo vegetal; etc., etc. No es fácil augurar la suerte que cabrá en lo venidero á la doctrina de Darwin, ni es este momento oportuno para discutirlo; pero cualquiera que ella sea, y aun cuando un dia llegue á ser convencida de error, esas monografías quedarán como modelo de observacion seria y delicada, y la humanidad les habrá debido la exigencia de un nuevo y más racional sentido en el modo de concebir la vida del cosmos y sus seres.

Darwin habia casado en 1839 con su prima Miss Emma Wedgwood, y establecido en Down, Beckenham, Kent, de cuyo condado era ultimamente dignísimo magistrado.

La Sociedad Real de Londres concedió á Darwin en 1853 la medalla Real, y en 1864 la medalla Copley; en 1859, la Sociedad Geológica le confirió la medalla Wollaston. Era socio honorario de varias sociedades científicas extranjeras y caballero de la orden de Mérito prusiana. La Institucion Libre de Ensenanza le nombró Profesor honorario en 1878.



no pueda transmitirnos el resultado de sus observaciones de ultratumba!

... ¡Longfellow! ¡Darwin! ¡Froebel! Si la poesía, la ciencia y la enseñanza tuvieran santos, como los tiene la religión, estos tres hombres estarían ya canonizados.

*Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, núm. 125, 30 de abril de 1882: «Darwin» (nota necrológica en primera página).(1)

El día 20 del actual ha fallecido en Inglaterra, su patria, el profesor honorario de la Institución Carlos Roberto Darwin, uno de los naturalistas y fisiólogos más eminentes que han honrado con su talento a nuestro siglo, y a cuya imperecedera memoria pagamos aquí el homenaje de nuestra admiración y de nuestro respeto.

... Darwin era en filosofía natural el jefe y fundador de la escuela transformista, cuyo cuerpo de doctrina lleva su nombre (*darwinismo*). En sus largos viajes había tenido ocasión de observar las imperfecciones de que adolecían las antiguas clasificaciones zoológicas, todavía reinantes en su tiempo, y se propuso rectificarlas. De este trabajo surgieron las bases de una nueva doctrina biológica, que causó una profunda revolución en las ciencias naturales, y que hoy puede decirse llena el mundo.

... No es fácil augurar la suerte que cabrá en lo venidero a la doctrina de Darwin, ni es este momento oportuno para discutirlo; pero cualquiera que ella sea, y aun cuando un día llegue a ser convencida de error, esas monografías quedarán como modelo de observación seria y delicada, y la humanidad les habrá debido la exigencia de un nuevo y más racional sentido en el modo de concebir la vida del cosmos y sus seres.

*El Correo* (órgano del Partido Liberal), 21 de abril de 1882: «El naturalista Darwin».

En la madrugada de hoy nos ha comunicado el telégrafo la noticia de la muerte de este hombre célebre.

... No es tarea propia del momento ocuparnos en dar a conocer las obras escritas por este eminente naturalista, ni siquiera sus títulos, pues apenas hay género determinado del que no se haya ocupado minuciosamente.

Para formarse una idea de la importancia que Mr. Darwin ha adquirido entre los naturalistas baste decir que todas sus obras han sido traducidas a diferentes lenguas, y especialmente al francés y al alemán.

Mucho se ha hablado también de la exageración de sus teorías, pero, haya o no en ellas algo de verdad, sólo debemos ahora elogiar al hombre que ha pasado su vida entregado al estudio y que ha prestado grandes servicios a las ciencias naturales.

*El Día* (diario liberal independiente), 21 de abril de 1882: «Carlos Roberto Darwin».

Un telegrama de Londres anuncia que ayer falleció el famoso naturalista y fisiólogo inglés Carlos Darwin.

... Con ser Darwin un simple naturalista ha ejercido poderosa influencia en todas las ramas del saber. La filosofía y las ciencias morales se han transformado aplicando las tres famosas leyes de *la lucha por la existencia, la herencia y la influencia del medio* al desarrollo de las sociedades.

Sea cualquiera el juicio que se forme de la doctrina evolucionista tendrán todos que reconocer en Carlos Darwin una altísima inteligencia, una actividad incansable y un celo sin límites para el desenvolvimiento de la ciencia.

*El Diluvio* (diario democrático), Barcelona, 23 de abril de 1882: «Darwin», por L. S.

Darwin acaba de morir en Londres a la edad de setenta y tres años.

Es un nombre para siempre ilustre el del filósofo y del sabio cuya inmortal obra sobre el origen de las especies por vía de selección natural ha levantado tantas cóleras, provocado tantas controversias y entregado una vez el mundo a las discusiones de los hombres en un siglo de duda y examen.

Nos falta tiempo para analizar o exponer detalladamente el sistema de Darwin.

... Ese admirable sistema, esa grandiosa concepción de la vida universal, Darwin la ha desarrollado en sus obras con los recursos de su inagotable ciencia y de su maravilloso ingenio, aduciendo en apoyo de cada una de sus hipótesis todo un haz de argumentos y observaciones que les daban en cierto modo el peso de verdaderas demostraciones.

Puédese criticar el sistema de Darwin, pero imposible es dejarlo de admirar en su conjunto. Cuan lejos nos lleva de los filósofos alemanes, de los ensueños de Shelling o de las oscuridades de Hegel tocante a la formación de los mundos.

No es sólo la exposición de un sistema, sino en cierto modo una epopeya, el gran poema del Génesis, uno de los más bellos que haya salido de cerebro humano; tan grandioso es de proporciones, lógico en sus rigurosas deducciones y soberbio en la forma.

Ciertamente, el darwinismo es materia controvertible, mas si es cierto que según la etimología griega poeta quiere decir creador, ¿cómo negar el don de poesía a aquel que intelectualmente creó un mundo y que tan admirablemente explicó su desarrollo y orígenes?

Por estos títulos Darwin no merece sólo tomar asiento al

(1) Su autor es Joaquín Costa (Cfr. BILE, VI, 1882, p. VI).



lado de Leibniz (sic), Bacon o Descartes en el cielo de los filósofos, sino que es digno de sentarse con Virgilio y Homero en el de los poetas.

*La Epoca* (diario conservador), 22 de abril de 1882: «Darwin».

El telégrafo nos ha comunicado la noticia de su muerte. Sean cuales fueran sus teorías y opiniones, su pérdida lo es grande para las ciencias naturales y filosóficas. Era el inglés Darwin de los pocos hombres a quienes es dado formar escuela y hasta darle un nombre; el que tanto consigue es siempre un talento original y superior.

Nació Carlos Darwin en Shrewsbury, en 1809. Su abuelo, Erasmo Darwin, se distinguió mucho como fisiólogo y literato. Sus poesías son muy celebradas en Inglaterra.

Carlos estudió la primera enseñanza en su pueblo natal, y las ciencias naturales, en las Universidades de Edimburgo y Cambridge. Graduóse de doctor en 1831.

Aquel mismo año alcanzó la suerte de emprender un gran viaje científico como agregado naturalista a la expedición del capitán Fiti Boy, con el cual visitó el Brasil, el estrecho de Magallanes, la costa occidental de Sudamérica y las islas del Pacífico.

Cinco años duró el viaje; durante ellos vio mucho y aprendió no poco Darwin; al regresar a su patria llevaba ya en sí el germen de las teorías que se proponía dar a luz y que habían de dejar profunda huella en el mundo científico.

Con el concurso de otros sabios naturalistas publicó Darwin el resumen de las observaciones de su viaje, primero en un libro y después en un *Diario de investigaciones sobre la historia natural y la geología*, que dirigía Darwin solo.

Continuó imprimiendo monografías y estudios especiales de historia natural hasta

que en 1859 hizo conocer el libro por antonomasia darwiniano y que ha dado universal renombre a su autor. Tal es *El origen de las especies* a todos los idiomas, incluso al español. Además, y por lo que toca a España, recordamos entre otros trabajos el examen y juicio de las doctrinas de Darwin expuestas en el citado libro, un trabajo excelente del señor Reus y Bahamonde, en su obra sobre la *Filosofía de la creación*.

El ilustre filósofo inglés ha publicado otros libros a más del citado y de no menos valor científico, pero ninguno ha logrado la fama del primero.

Según la teoría de Darwin, todas las especies, así animadas como inanimadas proceden de un solo y único tipo originario. De aquí ha nacido la idea, comentada tantas veces en burla, de que, según Darwin, el hombre desciende del mono.

La doctrina de la selección, como su mismo nombre lo indica, viene a significar que las especies, por evoluciones y combinaciones, pueden y deben perfeccionarse y robustecerse.

Las doctrinas científicas de Darwin no son enteramente originales, pero a él le cabe la gloria de haberlas difundido y aclarado.

Han sufrido, por lo demás, rudos ataques y deben ser estudiadas con precaución y prudencia, porque su fundamento es contrario a muchas y muy respetables creencias.

Darwin ha fallecido ayer 20, en Londres, a los setenta y un años de edad.

*El Globo* (diario republicano posibilista), 21 de abril de 1882: «Carlos Darwin».

Ayer ha fallecido en Londres, según el telégrafo nos comunica, el célebre naturalista y fisiologista inglés Carlos Roberto Darwin, uno de los grandes pensadores de nuestro siglo, uno de los grandes obre-

ros de los progresos científicos.

La célebre escuela fisiológica a que ha dado nombre, sobre el origen de las especies del reino orgánico, las *Memorias* de sus viajes y buen número de obras escritas sobre puntos de historia natural, constituyen el noble legado que el buen Darwin deja al mundo de las inteligencias.

Nacido en Shaewsbury el año 1809, realizó largas expediciones científicas por Europa y por América, y consagró su vida entera al estudio.

No hemos de reproducir su biografía; apuntámosla, acompañada de su retrato, en nuestro número del 12 de septiembre, al cual remitimos al lector.

Pero consignar la triste noticia que motiva estos renglones, saludamos respetuosamente al ilustre Darwin, que, sean cuales fueren sus doctrinas y su escuela, al emprender el eterno viaje deja en la historia su nombre y su personalidad dignificados y ennoblecidos por el prestigio de su talento y por su perseverancia en el cultivo del saber.

*La Ilustración Española y Americana*, año XXVI, núm. 16, 30 de abril de 1882: «Crónica general», por José Fernández Bremón.

La muerte de Carlos Darwin es un acontecimiento que figurará en las efemérides notables de nuestra época. La estatua del sabio se alzarán algún día en su pueblo natal, Shewsbury, y en su pedestal figurarán, con la lista de sus obras, las dos fechas en que se encierra su vida: 1809 y 1882. Las universidades de Edimburgo y Cambridge, donde hizo sus estudios, mostrarán con orgullo sus libros de matrícula; pero su libro principal fue la *Naturaleza*.

Darwin es para unos el sabio extravagante y sistemático que dirige toda su ciencia, que fue mucha, por el cauce de una doctrina. El naturalista inglés



# LA ILUSTRACION ESPAÑOLA



AÑO XXVI

MADRID, 8 DE MAYO DE 1882.

NÚM. XVII.

Cabecera de «La Ilustración Española», del 8 de mayo de 1882, en cuya publicación se hizo un cumplido homenaje a Darwin, por parte de representantes de la Ciencia española.

es para otros el Moisés de la historia natural, y su doctrina, una especie de religión indiscutible. Pero todos le reconocen por sabio y le colocan entre las inteligencias superiores de este siglo.

Quince volúmenes y otros tantos folletos forman sus obras, de las cuales es la más notable *El origen de las especies por medio de la selección natural*, que causó asombro y escándalo a la vez. Puede considerarse como complemento del libro de la selección *El descendiente del hombre y selección relacionada con el sexo*, obra atrevidísima.

... Darwin es un sabio sospechoso de alucinación científica, que aplicó quizás a las obras de la Naturaleza la simetría que, para nuestra inteligencia y comprensión, acostumbra usar en sus teorías y sistemas la ciencia incompleta de los hombres. No negaremos que su concepción es gigantesca y le coloca entre los grandes pensadores y naturalistas; pero, antes de aceptar sus obras como expresión de la verdad, es preciso que se sometan a comprobaciones rigurosas, que no se han hecho todavía. De todos modos, merece un respetuoso saludo por su ciencia, por su talento, por su trabajo y observaciones, y por su elevada categoría intelectual.

*El Imparcial* (diario liberal),  
21 de abril de 1882: «Carlos Darwin».

• Anoche nos comunicó la

*Agencia Fabra* el siguiente telegrama:

«Londres, 20.—Hoy ha fallecido, a la edad de setenta y un años, el célebre naturalista y fisiólogo inglés Carlos Darwin.»

El telégrafo, con su lenguaje tan lacónico como expresivo, escribe de este modo la última página en la historia de un hombre cuya vida se ha consumido en porfiada lucha por arrancar a la naturaleza el secreto de sus leyes, y cuyo nombre va unido al concepto nuevo de una nueva escuela, hoy en gran boga entre los sabios.

Su obra *On the origin of species by means of natural selection*, publicada en Londres en 1859 y traducida luego a todos los idiomas con el título *Origen de las especies*, encerraba en sí la base de la nueva teoría que podrá haber sido iniciada por Lamarck, que seguramente ha llevado a la exageración Haeckel en los últimos tiempos, pero de la cual será siempre Darwin el representante y el maestro.

Nada más curioso que estudiar en la vida del sabio cuya muerte hoy la ciencia llora, el proceso en virtud del que la idea evolucionista se inicia, se modela, adquiere desarrollo y se muestra al fin con brío y franco descaro en obras doctrinales y en trabajos de discusión y propaganda.

Nacido en Shrewsbury el año de 1809, hijo del célebre médico y poeta Erasmo Darwin, estudió las ciencias natu-

rales en las universidades de Edimburgo y Cambridge y obtuvo el grado de doctor en 1831. Entonces su suerte le deparó la fortuna de ser destinado a acompañar en calidad de *naturalista* a la expedición del capitán Fitz-Roy y visitar con ella sucesivamente el Brasil, el estrecho de Magallanes, la costa occidental de América y las islas del Pacífico.

Allí, a la vista de mares sin límites, praderas inacabables como el mar, selvas vírgenes de frondosidad jamás soñada, y montañas gigantes elevando al cielo sus cimas vestidas por la nieve para fundirla al calor de los besos que el sol envía, a espaldas de Europa, su vieja y antigua consorte, a América, su virgen y nueva desposada, Darwin, sintiendo palpitar en sí la esencia de la vida, disuelta en el ambiente caldeado de las tierras americanas y tributando culto a la naturaleza en aquella su manifestación más hermosa, soñó un sistema nuevo, concibió una idea: el sistema que lleva su nombre, la idea evolucionista.

De vuelta a su patria en 1836, bajo aquel cielo nebuloso y oscuro que convida a la meditación, al recogimiento y al estudio, se fijaron y tomaron forma, hasta constituir materia científica, las ideas nacidas en un cerebro caldeado por los ardientes besos de las brisas tropicales. Como otras grandes ideas, la de la evolución ha tenido en América su cuna, y su desarrollo y engrandecimiento en Europa, falta de



originalidad pero rica en ciencia para estudiarlas.

Imposible seguir paso a paso los trabajos y estudios de Darwin; imposible dar idea de sus obras; imposible también seguir las vicisitudes, triunfos y caídas de sus doctrinas.

No es hoy ocasión de discutir sus atrevidas teorías; ni siquiera de recordar con enojo el origen simiano que asigna a los hombres.

Ante la noticia infausta de la muerte del sabio sólo hay un proceder hidalgo: olvidar sus errores si los tuvo, descubrirse con respeto y tributar a su memoria el homenaje que debe merecer a un pueblo culto el genio empleado con laboriosidad y honradez sin tasa en cultivar la ciencia.

*El Motín* (semanario satírico de carácter librepensador), año II, núm. 17, 23 de abril de 1882.

Ha muerto Darwin, el que averiguó que el hombre viene del mono.

Yo, siguiendo su sistema, estoy terminando un libro que demuestro que el *neo* (se refiere a los «neocatólicos») desciende de un animal que habló una vez, según la Biblia.

*El Porvenir* (diario democrático-progresista), 25 de abril de 1882: «Muerte de Darwin».

El telégrafo ha anunciado la muerte del profesor Darwin, en Londres, a la edad de setenta y tres años.

Nieto del célebre médico Erasmo Darwin, Carlos Darwin nació el 12 de febrero de 1809 en Shrewsbury.

Después de haber seguido los estudios elementales en su ciudad natal siguió los cursos de la Universidad de Edimburgo, y acabó los estudios en Cambridge, donde se graduó en 1831.

El mismo año aprovechó la ocasión de acompañar, en calidad de naturalista, la expedi-

ción del capitán Titzroy; visitó el Brasil, el estrecho de Magallanes, las costas Oeste de la América del Sur, las islas del océano Pacífico, y volvió a Inglaterra después de una navegación de cinco años.

En 1839 se casó con una nieta de Zarich Wedgwood, inventor de la navegación que lleva este nombre.

En su viaje recogió Darwin una porción de preciosas observaciones, cuya mayor parte consignó en una obra de historia natural, que publicó en colaboración con Owen, y que le hizo notar, desde luego, en el mundo sabio.

Animado por este primer éxito, el joven naturalista escribió muchas memorias personales, cuya originalidad le valió una posición excepcional.

Su camino quedó trazado desde entonces. Abandonando el estudio árido de los seres vivos, Darwin trató de deducir principios filosóficos de las observaciones y de las investigaciones a que había consagrado ya muchos años.

Sin entrar en explicaciones demasiado especiales diremos sólo que se aplicó principalmente a determinar el principio de las diferencias entre las especies de seres vivos. Sus observaciones sobre los animales de la América del Sur le habían ya demostrado la insuficiencia de las clasificaciones admitidas hasta ahora, llegando hasta la idea de que los animales y las plantas se derivan todos de un pequeño número de formas primitivas, tal vez de una forma única, y de que todas sus modificaciones sucesivas dependen de una ley constante de transformación; de una elección regular de razas y de individuos, los más adaptados a las circunstancias de tiempo y lugar. Llama a esta elección la «selección natural».

Esta ley, que dio a su autor una reputación universal, está expuesta con todas sus consecuencias en un libro célebre, titulado *Del origen de las espe-*

*cies por vía de selección natural*; obra que se ha traducido a muchas lenguas, y que ha dado motivo a numerosos artículos de revistas científicas y a largas discusiones sobre esta nueva filosofía de la historia natural.

Esta polémica se reanimó cuando la candidatura de Darwin para socio correspondiente de la Academia de Ciencias. Dos veces, en 1872 y en 1873, después de vivas discusiones en comité secreto, fue rechazada en el escrutinio su candidatura por la sección de zoología.

Por último, fue elegido el 5 de agosto de 1878 en la sección de botánica, y su nombramiento provocó las fulminantes cóleras de la prensa católica contra la Academia de Ciencias.

El darwinismo ha estado representado en Francia por Littré. Cuando la elección de este último en la Academia francesa, M. Dupanloup abandonó el sillón que le estaba reservado entre los cuarenta. Esto quiere decir que Darwin, en la persona de Littré, no era precisamente simpático al obispo de Orleans.

*El Progreso* (diario democrático), 22 de abril de 1882: «Carlos Roberto Darwin».

El célebre naturalista y fisiólogo inglés Darwin, que acaba de morir en Londres a la edad de setenta y un años, había nacido en Shrewsbury y era nieto de Erasmo Darwin, célebre médico y poeta inglés.

... Su teoría llevó una verdadera revolución a los círculos científicos, y dio ocasión a una polémica vivísima, con motivo de la cual la personalidad del audaz naturalista ha sufrido y sufre violentos ataques.

La novedad del sistema no consiste en la teoría de la transformación, sino en la manera de establecer esa teoría y en la naturaleza de las pruebas aducidas *en pro*.

Sus libros se distinguen por su claridad y precisión de len-



guaje, así como por la solidez de las bases sobre que levanta sus atrevidas teorías.

... La muerte ha sorprendido a Darwin en su casa de Londres, donde dividía el tiempo entre sus estudios científicos y el amor de su esposa, que, por cierto, es la nieta de otro sabio, Wedgwood, autor del pirómetro que lleva su nombre.

*La Renaixensa* («Diari de Catalunya»), Barcelona, 24 de abril de 1882: «Crónica general».

A Londres morí, lo dia 20 del corrent, á l'edat de 73 anys, lo célebre naturalista y fisiólech inglés Carles Darwin. Prescindint de l'exageració y fins de la major o menor suma de veritat que sas teorías pugan contenir y que no podem nosoltres apreciar, ni fora, aquest, lloch apropósit pera ferho, sígans lícit deplorar la mort d'aquell gran home y elogiar al quí passá tota sa vida entregat ab amor y fe al estudio de las lleys naturals y tants serveys ha prestat á la ciencia.

*La Vanguardia* (diario republicano federal), 22 de abril de 1882: «Extranjero. Inglaterra».

El 20 falleció en Londres el insigne naturalista Carlos Roberto Darwin, que dio nombre al sistema de la evolución más racional acerca del origen de las especies.

Nacido en Shrewsbury el año de 1809, hijo del célebre médico y poeta Erasmo Darwin, estudió las ciencias naturales en las Universidades de Edimburgo y Cambridge y obtuvo el grado de doctor en 1831. Entonces su suerte le depaó la fortuna de ser destinado a acompañar, en calidad de *naturalista*, a la expedición del capitán Fitz-Roy y visitar con ella sucesivamente el Brasil, el estrecho de Magallanes, la costa occidental de América y las islas del Pacífico.

Allí, a la vista de mares sin

límites, praderas inacabables como el mar, selvas vírgenes de frondosidad jamás soñada, y montañas gigantes elevando al cielo sus cimas. Darwin, sintiendo palpar en sí la esencia de la vida, disuelta en el ambiente caldeado de las tierras americanas, y tributando culto a la naturaleza en aquella su manifestación más hermosa, soñó un sistema nuevo, concibió una idea: el sistema que lleva su nombre: la idea evolucionista.

De vuelta a su patria en 1836, bajo aquel cielo nebuloso y oscuro que convida a la meditación, al recogimiento y al estudio, se fijaron y tomaron forma, hasta constituir materia científica, las ideas nacidas en un cerebro caldeado por los ardientes besos de las brisas tropicales. Como otras grandes ideas, la de la evolución ha tenido en América su cuna, y su desarrollo y engrandecimiento en Europa, falta de originalidad, pero rica en ciencia para estudiarlas.

Imposible seguir paso a paso los trabajos y estudios de Darwin; imposible dar idea a sus obras; imposible también seguir las vicisitudes, triunfos y caídas de sus doctrinas.

Los resultados científicos de este viaje, de alta importancia bajo el punto de vista de las ciencias naturales, publicáronse con el concurso de Owen y otros sabios en un libro especial primero, y más minuciosamente en el *Diario de investigaciones sobre la historia natural y la geología*, que dirigió Darwin exclusivamente.

Luego publicó dos monografías excelentes sobre los cirrópodos, y de observación en observación —tarea empezada en sus largos viajes— llegó Darwin a formular sus ideas, laboriosa y concienzudamente adquiridas, en su famoso libro titulado *On the origin of species by means of natural selection (Del origen de las especies por medio de la selección natural)*. Publicóse este

libro en 1859, y bien pronto se tradujo al alemán y al francés. Hoy está vertido a todas las lenguas cultas, y las ediciones son innumerables.

Otros libros, también de importancia, también dotados de esa claridad de estilo, y, sobre todo, de esa solidez en las bases de las teorías, que son caracteres distintivos de las obras darwinianas, produjo desde entonces el sabio fisiólogo. No los enumeramos porque carecemos de espacio, y el poco de que disponemos lo solicita la obra principal de Darwin.

El conjunto de soluciones, que en virtud de hechos y observaciones positivas, sienta Darwin, y que se conoce con el nombre de *darwinismo*, se resume en una noción clara y perfecta, que se puede formular de esta manera:

Todas las especies animales y vegetales, pasadas y presentes, descienden, por medio de sucesivas transformaciones, de tres o cuatro tipos originales, y probablemente de un primitivo y único arquetipo. He aquí la conclusión capital de Darwin.

Las teorías darwinistas ocuparán en la historia del saber humano amplísimo lugar. El talento de este varón ilustre ha causado una evolución de sin igual importancia en las ciencias naturales. A despecho de ciertas vulgaridades ridículas conque se ha tratado de oscurecer su fama, el nombre de Darwin puede contarse ya entre los que respetuosamente se repiten de generación en generación.

---

## Prensa liberal

---

*Gumersindo de Azcárate*

DARWIN JUZGADO POR UN CANONIGO \*

Hace pocos días el canónigo Liddon predicaba en la Catedral de Londres, ante un

---

\* *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, VI, 1882, pág. 101.





EPOCA 2.<sup>a</sup> — AÑO VI. — TOMO V.

NUMERO 40. — Madrid, 27 de Abril de 1882.

NÚMERO SUELTO, REAL Y MEDIO.

PRECIOS DE SUSCRICION.	
MADRID Y PROVINCIAS.	
Tres meses.....	15 rs.
Un año.....	60 "
CUBA Y PUERTO-RICO.	
Seis meses.....	2 ½ ps.
Un año.....	4 "

DIRECTOR  
DON MANUEL PEREZ VILLAMIL

ADMINISTRACION  
PELIGROS, 20, SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICION.	
EXTRANJERO.	
Seis meses.....	21 fr.
Un año.....	41 "
FILIPINAS Y MEXICO.	
Seis meses.....	3 ½ ps.
Un año.....	6 "

Cabecera de «La Ilustración Católica», del 27 de abril de 1882. En dicha publicación se hicieron eco de la polémica teoría de Darwin sobre el origen de las especies, en una serie de artículos necrológicos en que se negaba la sustentación de dicha teoría «a la luz de la fe».

numeroso concurso, tomando como tema las palabras de Jesús a propósito de las dudas del apóstol Santo Tomás sobre el hecho de la resurrección. Como él estuviera ausente la primera vez que Cristo se apareció a los apóstoles, cuando éstos le informaron de lo sucedido, diciendo que habían visto al Maestro, les contestó en unos términos que no hubieran sonado mal en labios de un partidario avanzado de la moderna filosofía experimental. «Si no viese en sus manos la hendidura de los clavos, y no metiese mi dedo en el lugar de los clavos, y metiese mi mano en su costado, no lo creeré.» Una semana más tarde estaban reunidos los discípulos, encontrándose con ellos esta vez Santo Tomás. Entonces «vino Jesús, cerradas las puertas, y se puso en medio y dijo: paz a vosotros; y después dijo a Tomás: Mete aquí tu dedo y mira mis manos, y da acá tu mano, métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel.» El primer objeto, decía el predicador, de las palabras de Nuestro Señor era quitar toda duda, sobre la verdad de su resurrección, del espíritu de Santo Tomás, en quien veía el típico represen-

tante de una clase de entendimientos que se encontrará entre los hombres hasta la consumación de los siglos.

La segunda enseñanza que debe sacarse de estas palabras, añadía, es el verdadero valor que tienen los sentidos corporales en la investigación de la verdad. Santo Tomás exigió la satisfacción de dos de ellos, la vista y el tacto, como condición preliminar para creer que el Señor había realmente resucitado. Jesucristo accedió caritativamente a esta petición, reconociendo de este modo los derechos y los deberes de los sentidos. Hay ciertas verdades, decía el canónigo Liddon, que éstos y sólo éstos pueden asegurar, pudiendo y debiendo merecernos, respecto de ellas, confianza. Únicamente a un falso espiritualismo puede ocurrir desacreditar los sentidos y penetrar en su propia jurisdicción, obrando en contra de la constitución, de la naturaleza y de los intereses de la verdad. Porque si los sentidos corporales no merecieran fe, ¿cómo podríamos admitir la de los sentidos del espíritu? Si el oído, la vista, el olfato, el gusto y el tacto no nos dan cuenta exacta de los objetos externos, ¿podríamos estar seguros de

que las percepciones morales no nos suministran una serie de sublimes ilusiones? Suscitar dudas sobre la fidelidad de un sentido corporal parece a primera vista que es realzar el precioso valor de lo suprasensible y de nuestros métodos para conocerlo, pero lo parece sólo a primera vista. La religión toca con el mundo material en ciertos puntos, y la realidad de este contacto preciso es decidirla, como cuando se trata de otros hechos materiales, por la experiencia de los sentidos corporales. Saber si Nuestro Señor había realmente salido del sepulcro con su cuerpo herido, o no, era una cuestión que sólo podían resolver los sentidos del cuerpo; y Nuestro Señor por lo mismo se sometió a lo que Santo Tomás puso como condición para creer.

Pero los sentidos no pueden atestiguar la realidad de aquello que propiamente está fuera de su alcance. Ellos obran en la esfera de la materia, pero no pueden penetrar en la del espíritu; y si de su limitadísima capacidad se pretende deducir alguna consecuencia contra la realidad del vasto mundo de las existencias espirituales, que están fuera de su alcance, se



deduce una consecuencia sin valor alguno. He aquí la gran equivocación del materialismo. Este se mantiene en un terreno firme, del cual no es posible desalojarlo, mientras sostiene que los sentidos, en aquello a que les es dado llegar, son fieles reveladores de la verdad; su error consiste en afirmar que ellos son los únicos, y que sólo debe tenerse por cierto lo que por ellos conocemos; que el mundo todo de los hechos mentales y espirituales, con el cual no tienen los sentidos relación alguna, es por tanto un mundo imaginario y sin existencia; en suma, que lo único real es la materia. Pero este grandísimo y fatal error no se desvanece desacreditando los sentidos y negando su capacidad en lo que constituye su propia esfera. Hacer esto es provocar la aparición de otro excepticismo más hondo que el de los materialistas, puesto que niega la realidad a la par de la materia y del espíritu, y es manifiestamente opuesto a la elevada sanción dada por Cristo a la evidencia de los sentidos cuando dijo a Tomás: «Mete aquí tu dedo.»

Estas reflexiones, decía el predicador, pueden llevarnos de un modo natural a formar juicio del hombre eminente cuya muerte ha sido un suceso de importancia europea, y cuyas obras, además de producir algo parecido a una revolución en el modo moderno de considerar una importante esfera del pensamiento, han conquistado una gran distinción para la ciencia inglesa. No puede negarse que cuando los libros del profesor Darwin sobre el *Origen de las especies* y la *Descendencia del hombre* aparecieron por primera vez las personas piadosas creyeron, desde luego, que contenían una teoría necesariamente hostil a las verdades fundamentales de la religión. Un estudio más detenido ha modificado grandemente semejantes impresiones. Es visto que, ya se manifieste la

actividad creadora de Dios por medio de catástrofes, como se dice, o en una evolución progresiva, siempre queda esa actividad creadora, y las cuestiones verdaderamente graves que ocurren continúan en pie. El proceso evolucionista, suponiendo que exista, por fuerza ha tenido un principio o comienzo; ¿quién se lo dio? Por necesidad ha sido preciso un material sobre el cual obrara; ¿quién lo suministró? Además, él mismo es una ley o un sistema de leyes; ¿quién las dictó? Aun suponiendo que esta teoría sea absolutamente cierta, tan difícil es, sobre poco más o menos, que la ciencia física resuelva hoy esas graves cuestiones, como lo fue cuando Moisés escribió el Pentateuco; pero hay manifiestamente en la serie doctrinal evolucionista tres importantes vacíos, que importa tener presentes. Hay un gran salto o laguna entre el grado más elevado del instinto animal y el reflexivo y conscio del hombre, hay otro mayor entre la vida y la materia; y hay otro, el mayor de todos, entre la materia y la nada. En estos tres puntos parece que la voluntad creadora ha debido intervenir de otro modo que por el procedimiento de la evolución: para crear la materia.

Pero aparte de estas cuestiones, es preciso respetar, así en la ciencia como en lo demás, las declaraciones claras y ciertas de los sentidos, porque ellas dan testimonio de un hecho, y el hecho es sagrado en cuanto tiene su sitio en el templo de la verdad universal. La grandeza del profesor Darwin se muestra tanto en la paciencia y el cuidado con que observó y registró numerosos hechos concretos y singulares, como en sus trabajos sobre los grupos de hechos. ¿Quién que haya leído su libro sobre las lombrices de tierra puede olvidar los experimentos que le permitieron descubrir si aquellas tienen o no la facultad de oír? Pero un hecho es una co-

sa, y otra muy distinta las teorías, las hipótesis, las doctrinas, como la misma evolucionista, construidas por hombres de genio para explicar los hechos. Estas teorías pueden ser ciertas o no serlo, aunque sean brillantes y seductoras; pueden, durante una generación o un siglo, llevarlo todo por delante en el mundo del pensamiento, pero la ciencia no tiene fin, y mientras que las teorías pasan y caen en el olvido, los hechos —como el de la revelación del mismo Dios por Cristo— quedan. Los sentidos corporales dan cuenta de hechos; de las teorías sobre éstos, nada saben.

---

## Prensa liberal

---

*Estanislao Sánchez Calvo*

### DARWIN Y LOS CANONIGOS DE LONDRES \*

Habrán sabido nuestros lectores como todo el mundo la muerte de Darwin estos días atrás, pero es posible que no tengan noticia de las honras fúnebres que le hicieron sus compatriotas al darle sepultura en la Abadía de Westminster, al lado de la tumba de Newton, lugar reservado sólo a los grandes hombres de Inglaterra. No es nuestro ánimo, sin embargo, describir aquí la solemnidad de aquellas ceremonias, con cuya narración ocupan sendas columnas los periódicos ingleses; únicamente nos limitaremos a hacer notar a nuestros lectores las ideas más culminantes que se han vertido con tal motivo en los sermones pronunciados en Westminster y en la catedral de San Pablo. Los trozos que traducimos pueden verse originales en el último número de *The Illustrated London News*, donde aparece también

---

\* *Revista de Asturias*, VI, núm. 9, 15 de mayo 1882, págs. 137-138.



un fiel retrato de Darwin. Nosotros llamamos la atención sobre estos sermones porque, a juzgar por lo que de ellos ha llegado hasta nosotros, deben ser muy trascendentales y curiosos. Es por lo menos una cosa inesperada y chocante oír a grandes y acreditados teólogos, siquiera sean representantes de un culto nacional, tributar elogios y manifestar respetos a un innovador tan atrevido como Darwin.

El canónigo Prothero ha dicho de él:

«Que era el más grande hombre de ciencia de su tiempo, pero tan enteramente ajeno al orgullo y a la arrogancia de la ciencia que exponía con la mayor modestia las verdades de que él mismo estaba convencido, siendo muy cauto, sin embargo, mientras no fuesen universalmente aceptadas o admitidas. Ciertamente residía en este hombre aquella caridad que es la verdadera esencia del espíritu de Cristo.»

El canónigo de Barry, pronunciando su oración fúnebre en la Abadía de Westminster, le llama *leader*, guía, jefe o director del pensamiento científico, y observa, «que la fructífera doctrina de la evolución, a la cual el nombre del difunto profesor quedará para siempre unido, se presta, por lo menos, también, a las antiguas promesas de Dios como las modernas pero menos completas explicaciones del universo».

El canónigo Liddon, en su sermón en la catedral de San Pablo, dijo: «que cuando aparecieron las obras del profesor Darwin sobre el *Origen de las especies* y la *Descendencia del hombre* fueron consideradas al principio ligeramente por los hombres religiosos, como si contuviesen teorías necesariamente hostiles a la religión. Un estudio detenido modificó por completo semejante impresión. Se vio que así la actividad creadora de Dios se manifestase por catástrofes (valga la frase) lo mismo que

en progresiva evolución, quedaba siempre tal actividad creadora, y en realidad las grandes cuestiones metafísicas permanecían intactas».

Pero por encima de todas las cuestiones, y ésta es nuestra incumbencia respecto de la ciencia, lo mismo que de otras cosas, cada uno afirma claramente las relaciones de los sentidos, pues cada relación de éstas representan un hecho y *un hecho es sagrado como que tiene su puesto en el templo de la verdad universal.*

Pero en medio de las elevadas ideas y de los profundos razonamientos que encierran, nosotros echamos de menos una cosa esencial: el espíritu cristiano tradicional y creyente que hasta ahora habían conservado casi también los protestantes como los católicos. ¿Será que la Iglesia Anglicana prepara su evolución en un sentido *latitudinario* para ponerse en armonía con los nuevos descubrimientos científicos, esos hechos *sagrados*, como los llaman, de la naturaleza?

Cuando se hacen a un hombre tales honras fúnebres, se le acuesta al lado de Newton y de los más grandes hombres del país, se acogen sus restos mortales con tan grandes elogios y respetos y se oye decir a los representantes de la religión oficial que sus pensamientos y opiniones son inofensivas, y que los hechos observados por él en la naturaleza, que es el templo de la verdad universal, son hechos sagrados, ese hombre debe adquirir mucho crédito y autoridad.

---

### 3. Prensa obrera

---

*Revista Social* (semanario anarco-colectivista), Madrid, año II, número 50, 18 de mayo de 1882, y núm. 51, 25 de mayo de 1882: «Arte y ciencias: Carlos Darwin».

Con la muerte de Carlos

Darwin la humanidad acaba de perder un sabio que no solamente ha dado una dirección verdaderamente científica y racional a las investigaciones sobre las leyes del desenvolvimiento de los seres organizados, sino que también ha contribuido poderosamente, aunque sin quererlo, a destruir las preocupaciones religiosas, y ha ejercido una vasta influencia sobre el desarrollo del espíritu de análisis y destrucciones en nuestro siglo.

En su obra *Sobre el origen de las especies*, y por toda una serie de trabajos posteriores a ella, Darwin ha establecido y probado, de una manera científica, que la inmensa variedad de formas animales y vegetales que observamos en nuestro globo terrestre no es la obra de un Creador, divertido en crear hoy un pólipo, mañana un pez, después un mono o un hombre. El ha demostrado que toda esa variedad de formas ha sido el resultado natural de la acción de fuerzas físicas agitándose durante miles de millones de siglos al principio sobre las células simples, después sobre aglomeraciones de ellas y, finalmente, sobre los vegetales y animales —simples primeramente, y más y más complicados durante el transcurso de los siglos— diferenciándose según los diversos climas y los distintos medios en el seno de los que vivían y se propagaban.

Ha probado que el hombre, que siempre ha tratado de colocarse fuera del reino animal, ha tenido en absoluto el mismo origen que los demás animales. La especie humana no es más que un género de animales perfeccionados del mismo modo que el mono, el caballo o el perro, que son también especies perfeccionadas con relación a sus antecesores; no consistiendo este perfeccionamiento más que en una adaptación más perfecta al medio ambiente y un desarrollo de facultades y de estructura favorables en su lucha por la vida. En una época que se



remonta a muchos cientos de siglos, el hombre y el mono han tenido por antecesores comunes una misma especie de animales que, desarrollándose en dos direcciones distintas, ha terminado formando por una parte el mono, por la otra el hombre. El hombre y el mono son, pues, dos primos hermanos como el perro de aguas y el perro de Terranova descienden de antecesores comunes; lo que el arte ha hecho para producir estas dos razas de perros, el desarrollo natural lo ha hecho para producir estas dos especies, el hombre y el mono.

Hace veinte años, cuando los ateos discutían con los creyentes, éstos les presentaban un problema, al que era bastante difícil contestar científicamente. Se tratan de explicar cómo es que los animales y las plantas son tan admirablemente adaptados al clima que habitan. ¿Cómo es que la garza real es tan admirablemente conformada para habitar los pantanos; el águila, para la caza; el camello, para el desierto; el pez, para el agua; etc.? Darwin ha enseñado que esta organización, apropiada al clima, es una consecuencia de la *solución natural*, secundada por la lucha, por la existencia. La misma influencia del medio produce al principio ciertos cambios en la organización, los que después se transmiten a los sucesores acentuándose más. La gacela, que es más ágil que otros; el águila, que tiene el ojo más vivo; el camello, que es más capaz de soportar la sed, tienen más probabilidades de sobrevivir en su lucha por la existencia y dejar una generación que, al heredar sus cualidades, las perfeccionará. Si al camello hoy su conformación le hace apto para el desierto, y a la garza real para el pantano, es porque todos los que nacían mal adaptados a su medio ambiente perecían o no tenían la suerte de dejar progenitura, mientras

que los mejor adaptados sobrevivían y dejaban hijos que les parecían. El espíritu de un Creador no obra en esto para nada. Es un sencillo resultado de causas naturales.

La burguesía ha tratado de hacer de la *lucha por la existencia* un argumento contra el socialismo. Esto se comprende; ella echa mano de todo género de armas. Pero — sin entrar en consideraciones que el tamaño de la revista no permite— basta con decir que los hechos establecidos por Darwin son contrarios de todo punto a las teorías que quiere sostener la burguesía. Los mejor adaptados al medio son los que más sobreviven en la lucha por la existencia, dice la ciencia. Pero ¿quién está mejor adaptado al medio?, ¿aquel que produce todo, que inventa, que es capaz de trabajar intelectual y materialmente, de proveer el mismo a su subsistencia y desenvolvimiento; el obrero, en una palabra, o bien ese otro ser abyecto que no sabe producir nada, que desprecia el trabajo y que no sabe más que derrochar lo que otros han producido? Este está condenado por la naturaleza a perecer, y él perecerá. He ahí lo que la ciencia dice.

Por otra parte, si Darwin no lo ha dicho, otros, aplicando sus métodos y desarrollando sus ideas, han demostrado que las especies sociables, en las que todos los individuos son solidarios los unos de los otros, son las que prosperan, se desenvuelven y se propagan; mientras que las especies que viven del robo, como el halcón, por ejemplo, están en decadencia por toda la superficie de nuestro globo. La solidaridad y el trabajo solidario —he aquí lo que consolida las especies en la lucha que sostienen contra las fuerzas hostiles de la naturaleza para mantener su vida—, esto es lo que nos dice la ciencia. Lejos de rechazar la explotación (cosa que no es posible), las investigaciones de

Darwin y de sus sucesores son, por el contrario, un excelente argumento para probar que la mejor organización de una sociedad animal es la organización colectiva anarquista.

Como sabio, Darwin no ha llegado hasta las últimas consecuencias de sus investigadores. Pero otros han desenvuelto sus ideas y explicado su verdadera significación, y sus ideas han dado un nuevo vuelo al movimiento ateo. En Rusia han contribuido poderosamente (tanto como una idea científica puede contribuir) al desenvolvimiento del movimiento revolucionario y al espíritu de análisis del nihilismo.

Analizar la influencia de Darwin sobre el desarrollo de las ciencias naturales no es de nuestra incumbencia. Sin embargo, tenemos dos hechos que revelar en nuestro corto artículo.

El uno atañe a la influencia deletérea sobre la ciencia de los *sabios oficiales*. Cuando Darwin publicó su libro en 1859 todos los sabios (con escasas excepciones) estuvieron en contra suya; el público, las masas, estuvieron de su parte. Durante diez, quince años, los sabios no han cesado de decir: «Las hipótesis de M. Darwin son bellísimas, pero carecen de base científica.» Las Academias rehusaban abrirle sus puertas; pero el número, el público, la juventud, han obligado a los sabios a aceptar las ideas de Darwin. Hoy sería difícil encontrar diez sabios que duden de la exactitud de sus ideas.

Darwin ha sido un infatigable trabajador. Viendo la inmensidad de investigaciones que ha hecho se comprende que ha debido trabajar incesantemente toda su vida para recoger ese montón inmenso de hechos sobre los que ha basado sus teorías. Y, sin embargo, ha empleado treinta años en recogerlos antes de publicar su obra. En la sociedad futura, que todo el mundo



tendrá la educación que ha tenido Darwin al principio de sus estudios y el tiempo bastante para dedicarse a la ciencia, desde el momento en que cualquiera conciba una idea y recoja el número de hechos necesario para demostrarla, el mismo trabajo se hará en algunos años, todo lo más, por los esfuerzos colectivos. En una sociedad colectivista no hubieran transcurrido treinta años entre el anuncio de una idea y su consagración científica por los hechos necesarios en su apoyo. La idea lanzada en el mundo encontraría muchos cerebros dispuestos a estudiarlas, a extenderlas, a hacerlas dar fruto.

Una observación aún. Es una antigua costumbre la que tenemos de decir «teoría de Darwin». El designar las teo-

rías por el nombre de su autor es siempre un lenguaje nacido del régimen de la propiedad particular. Y, en efecto, ha sido un gran error el creer que el cerebro de Darwin ha sido el que ha descubierto la bella teoría de la *selección natural*. Como todo grande descubrimiento, esta teoría ya se había previsto en el transcurso de nuestro siglo. Los sabios de la Francia revolucionaria del siglo pasado la habían vislumbrado; y en el mismo momento en que Darwin publicaba su libro, otro sabio, Wallace, publicaba una obra sobre el mismo tema, mientras que Spender llegaba por otro camino a análogas conclusiones. Lo que pertenece a Darwin es el haber elaborado esta teoría en todos sus aspectos, haber discutido los hechos que

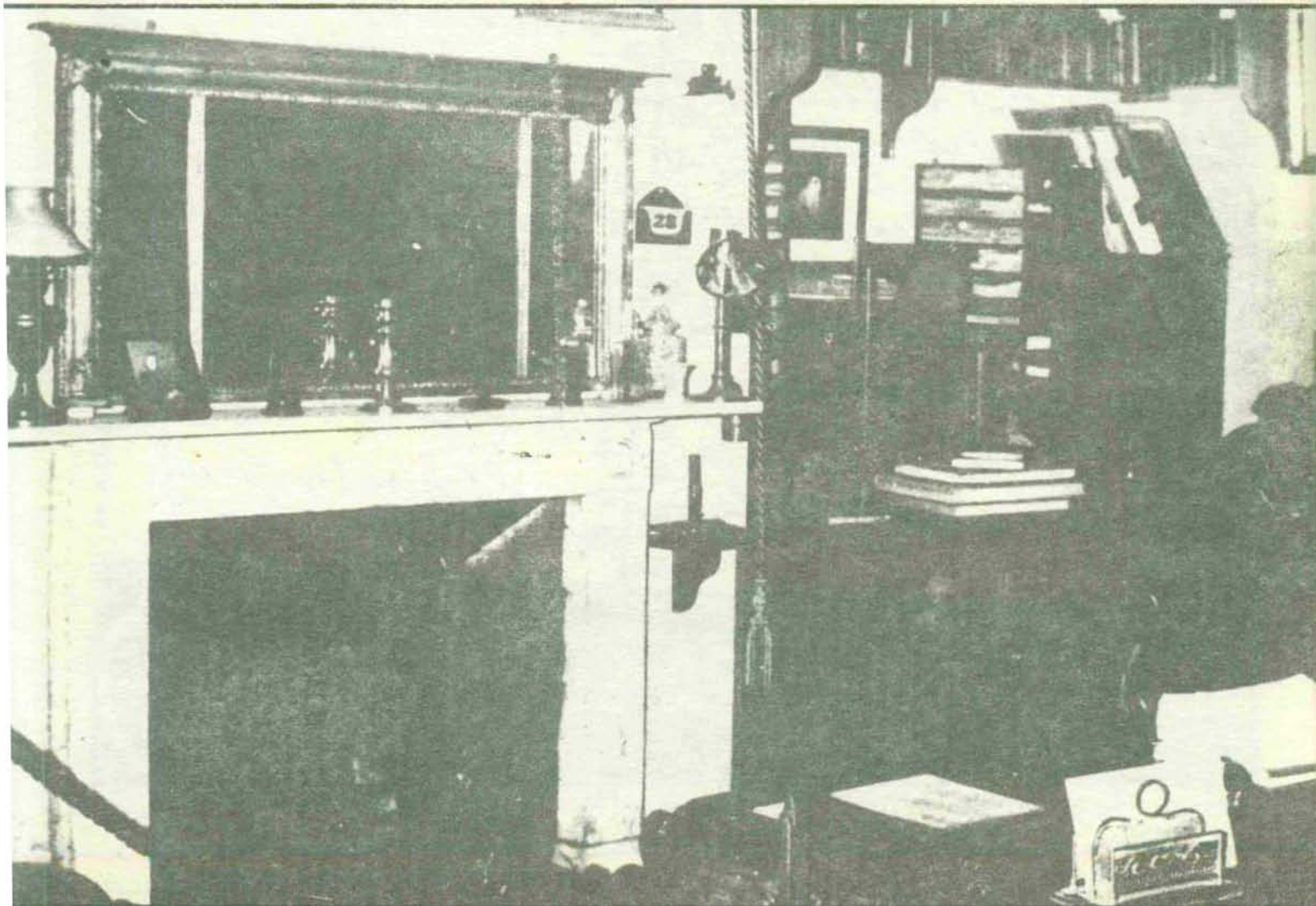
parecen contradictorios y haber acumulado en su apoyo un número inmenso de observaciones. Pero la teoría sobre el origen de las especies no es obra de un solo individuo; es obra del décimonoveno siglo.

---

#### NOTA FINAL

---

Otros relevantes diarios madrileños, como los liberales *La Iberia* (21-IV-1882), *El Liberal* (21-IV) y *La Correspondencia de España* (21-IV); el conservador *El Tiempo* (21-IV); el matutino democrático *La Discusión* (21-IV) o el tradicionalista *El Siglo Futuro* (21-IV), se limitan solamente a incluir la noticia del servicio telegráfico: «Hoy ha fallecido, a la edad de setenta y un años, el célebre naturalista y fisiólogo inglés Carlos Darwin.» Hay incluso quienes, como el conservador *El Estandarte*, no recogen tal noticia.



El estudio de Darwin en su casa de Downe, en Kent.